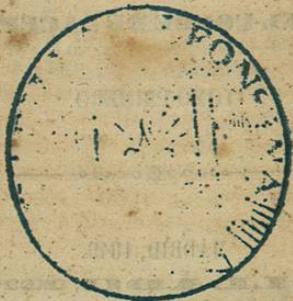


QH45

B85

V.27



LEON



ELOGIO HISTORICO

**DEL CONDE DE LACEPEDE,**

POR EL SEÑOR BARON CUVIER (1).

Encargados de consignar en los anales de las ciencias los servicios que han recibido de nuestros compañeros y los principales rasgos de la vida de tantos hombres célebres; desempeñamos un encargo tan honroso con el celo de amigos y de discípulos llenos de respeto por su memoria; pero el tiempo que se nos concede en estas solemnidades literarias no nos permite ni esponerlos todos á la gratitud del público, ni aun leer integras unas biografías, ya harto cortas, en comparacion de cuanto tendrian que manifestar. Nos ha parecido necesario recordar estas circunstancias al empezar el elogio de un sabio y de un

(1) Leida en la Academia de Ciencias el 3 de junio de 1826.

hombre de estado, cuya vida ha sido tan larga y tan llena de ocupaciones, y que se recomienda por tantas acciones virtuosas y tantas excelentes obras. Felizmente en un elogio semejante es donde menos inconveniente hay en reducirse: la memoria de un hombre como Mr. de Lacepede está en todos los corazones, y no hay ninguno de mis oyentes que no pueda suplir lo que la cortedad del tiempo me obligará á omitir.

Bernardo German Esteban de la Ville, tan conocido en el mundo y en las ciencias con el título de conde de Lacepede, nació en Agen el 26 de diciembre de 1756, de Juan José Medardo de la Ville, teniente general de la senescalía y de María de la Fond.

Su familia gozaba de consideración en su provincia en que había contraído enlaces distinguidos, pero Mr. de Lacepede halló en los papeles que conservaba, vestigios de un origen mucho mas ilustre del que podia suponérsele. Creyó descubrir en ellos que era una de las ramas de una casa conocida en Lorena desde el siglo XI, y que tomaba su nombre de la villa de *Ville-sur-Ilon*, en la diócesis de Verdun, casa que dió un regente á la Lorena, y que se enlazó con los príncipes de Borgoña, de Lorena y de Baden, así como con muchas familias de nuestra primera nobleza. Mr. de Lacepede entroncaba con ella por Arnaldo de Ville, señor de Domp-Julien, á quien el rey Carlos VIII, durante su efimera posesion del reino de Nápoles, habia hecho duque de Monte San Giovanni, y que, habiendo llegado á ser gobernador de Montelimart, adquirió fama en historia natural, por que fué el primero que subió al monte Aiguille, roca inaccesible que pasaba por una de las siete maravillas del Delfinado. Hemos visto un árbol genealógico formado en Alemania en que nuestro académico tomaba el título de duque de Mont Saint Jean, y donde formaban cuartel las armas de *Ville* con las de Lorena y de

Borgoña antigua. Pero, aunque de un origen que no aparece haber sido acreditado bajo la forma acostumbrada en Francia, debemos decir que esta averiguacion fué para Mr. de Lacepede un asunto de mera curiosidad, y que lejos de prevalerse de él, aun como decia un hombre de alta categoria, contra la vanidad de otros, entró en el mundo bien resuelto á no indicar su nacimiento sino por su esquisita urbanidad. Todo el mundo puede tener presente que jamás faltó á esta resolucion; algunas personas pueden haber advertido ademas, que empleaba una especie de supersticion en desempeñarla; y es muy verdad que no pasaba el primero con gusto una puerta, sin devolver siempre el último saludo, y que no habia autor alguno, por vano que fué, que, despues de presentarle una obra, no se admirase de los elogios que recibia; pero á la vez no es menos cierto, que estas demostraciones nada tenian de fingidas ni calculadas, y que en su origen procedian de un sentimiento profundo de benevolencia y de buena opinion de los demas: así es que aun era mas obsequioso que cortés, y mas servicial y amigo de ser útil que encomiador. Estas afectuosas disposiciones que tanto tiempo le han animado, y en que tal vez aventajó á todos los hombres, se habian grabado profundamente en su alma por efecto de su primera educacion. Mr. Delaville su padre, que quedó viudo á los pocos años de matrimonio, le criaba á su vista con una ternura tanto mayor, cuanto mas se parecia á una esposa á quien habia querido con pasion. Procuraba que los profesores encargados de su educacion fuesen tan amables como instruidos, y no le permitia reunirse con niños cuyos sentimientos dejasen de corresponder á los que él deseaba inspirarle; ayudábale en estas esquisitas atenciones Mr. de Chabannes, obispo de Agen y amigo de Mr. Delaville; que recibia al jóven Lacepede, lo ani-

maba en sus estudios y le permitía que hiciese uso de su librería; mas aparentando no poner trabas en la elección de autores, Mr. Chabannes y Mr. Delaville se componían de manera que siempre escogiese lo mejor. Así es que durante su juventud no tuvo ocasión de formarse una idea de un mal hombre ni de un mal autor. A los doce y trece años, según él mismo dice en sus memorias que tenemos á la vista, se imaginaba aun que todos los poetas se parecían á Corneille ó á Racine, todos los historiadores á Bossuet, todos los moralistas á Fenelon; y sin duda tambien imaginaba que la ambición y el deseo de la gloria no producen otros efectos en los hombres que los que la emulación habia originado entre sus condiscipulos.

No le faltaron ocasiones de desengañarse durante el curso de su larga vida, y en sus distintas carreras, pero no llegaron á borrar enteramente las dulces ilusiones de su infancia. Su primer movimiento fué siempre el de un optimista que no podia creer ni en los malos sentimientos ni en las siniestras intenciones; apenas se excedía á suponer que pudiese uno engañarse; y estas prevenciones de un género tan singular le han guiado en sus acciones y en sus escritos, no menos que en sus hábitos sociales. Mas de una vez se le ha escapado en sus obras algun error, por no haber querido dudar del testimonio de otro escritor, y en los negocios era siempre el primero que buscaba excusas á los que se le oponían. Un hombre de talento ha dicho, hablando de él, que no sabia encontrar falta en los demas, y esto era verdad, aun tratándose de sus enemigos ó detractores.

Buffon fué uno de los autores, cuyas obras desde un principio le permitieron leer, y las llevaba consigo en sus paseos, hallándose en el mas bello pais del universo, á orillas del fecundo valle del Garona, al frente de aquellas colinas ricas en vegetacion, de

aquella vista que tan magestuosamente terminan las cimas de los Pirineos, se penetraba de los elocuentes cuadros de aquel grande escritor; su pasión por las bellezas de la naturaleza nació, pues, al mismo tiempo que su admiración hácia el gran pintor; á quien debia el haber experimentado mas vivamente los gozes con que aquella nos brinda, y estos dos sentimientos permanecieron siempre unidos en su alma. Adoptó á Buffon por modelo y por maestro; le leyó y releyó hasta saberle de memoria, y en lo sucesivo le imitó hasta el punto de calcar el corte y disposición general de sus escritos, en los de la Historia natural.

Entretanto las circunstancias habian despertado en él otro gusto no menos conveniente á una imaginación joven y meridional, cual era el de la música. Su padre, su preceptor, casi todos sus parientes eran aficionados; y por lo mismo se reunían frecuentemente para dar conciertos. El jóven Lacepede los oía con indecible gusto, y pronto llegó á ser para él la música una segunda lengua que escribió y habló con igual facilidad. Todos gustaban de cantar sus composiciones y oírle tocar el piano ó el órgano. Todá la ciudad de Agen aplaudió un motete que le habian rogado compusiese para una función de iglesia, y de triunfo en triunfo llegó hasta concebir el atrevido proyecto de poner á *Armida* en música, cuando supo por los periódicos que Gluck estaba trabajando aquella ópera. Esta noticia le hizo que renunciase á su empresa; pero no pudo vencer la tentación de comunicar sus ensayos á aquel gran compositor, quien le felicitó de la manera que mas podia lisongearle: Gluck descubrió que el jóven aficionado y él habian concebido mas de una vez una misma idea.

Por aquel tiempo mismo, estudiaba ardentemente la física Mr. de Lacepede. Desde la edad de doce ó trece años, y bajo los auspicios de Mr. de Chabannes,

habia formado con los jóvenes amigos, que la previosa prudencia de su padre le habia escogido, una especie de academia, muchos de cuyos miembros lo han sido despues del Instituto, ó sus corresponsales. Sus ocupaciones al principio conformes con su edad, fueron haciéndose de mayor importancia: hacian juntos experimentos sobre la electricidad, el magnetismo y otros objetos que mas ocupaban por entonces á los físicos; y habiendo deducido Mr. de Lacepede de aquellos experimentos algunas proposiciones que le parecieron nuevas, no fué dudosa la eleccion de la persona á cuyo criterio debió someterlas: las dirigió al gran naturalista cuyo genio le admiraba, recibió de él una contestacion no menos lisonjera que la del eminente músico, y hasta Buffon le citó en términos que le honran en algunos pasages de sus suplementos.

Fácilmente se convendrá en que semejantes escitaciones eran mas de lo necesario para exaltar á un hombre de veinte años. Lleno de fuego y de esperanzas, vuela á París con sus partituras y su registro de experimentos; llega de noche y por la mañana temprano se vá al Jardín botánico. Viéndole Buffon tan jóven, finge creer que es el hijo del que le habia escrito, y le colmó de elogios. Una hora despues se halla en casa de Gluck; quien le abraza con ternura, y tiene la satisfaccion de oír que ha sido mas feliz que el mismo Gluck en el recitado: *Il est en fin dans sa naissance*, á que Juan Jacobo Rousseau dió tanta celebridad. Aquel mismo dia su pariente Mr. de Montazet, arzobispo de Leon, miembro de la Academia francesa, le convida á comer entre las notabilidades de dicha corporacion. Se leen trozos de poesia y de elocuencia: toma parte en una de aquellas conversaciones vivas é instructivas, tan raras en otra parte que no sea una gran capital. En fin, pasa la noche en el palco de Gluck oyendo una representacion de Alcestes.

Este dia trascurrió para él en medio de un encanto sin fin: hallábase trasportado, y mientras disfrutaba de aquella felicidad hizo voto de consagrarse en adelante á las carreras simultáneas de las ciencias y de la música.

Sus planes eran ciertamente los de un jóven que solo conoce aun los goces de la vida, y del mundo lo que tiene de atractivo. Dar al arte musical, por medio de una espresion mas viva y variada, aquel poder que ejercia sobre los antiguos, y cuyas narraciones aun nos llenan de sorpresa; introducir en la física aquella elevacion de ideas y aquellos cuadros elocuentes, por cuyo medio la *Historia natural* de Buffon habia adquirido tanta celebridad; esto es lo que se llegó á proponer, lo que en su fantasía miraba como medio conseguido.

Bien se concibe que ni uno ni otro de estos proyectos podia presentarse bajo el mismo prisma á magistrados graves ó á oficiales veteranos militares, como lo eran casi todos sus parientes. No porque ellos pensasen como el hermano de Descartes, consejero de un parlamento de provincia, que creia deshonrada á su familia, porque habia salido de ella un autor; pues los entendimientos, y es natural, estaban entonces mas ilustrados en Agen á fines del siglo XVIII, que en Bretaña á principios del XVII; pero unos hombres experimentados podian recelar que un jóven confiase demasiado en sus fuerzas, y que una vana esperanza de gloria no tuviese otro efecto para él que hacerle perder su suerte. En vista de sus enlaces y parentescos podia esperar igualmente una situacion honrosa en la carrera de la toga, en el ejército ó en la diplomacia, dejábanle en libertad para que eligiese, pero le instaban para que tomase una de ellas; y su amor á sus padres acaso habria podido mas que sus proyectos, sino se le hubiera presentado un medio ines-

perado de salir de aquel embarazo. Un príncipe alemán, á quien habia conocido en Paris, tomó á su cargo proporcionarle un despacho de coronel al servicio de los círculos, servicio poco penoso segun se sabe, ó por mejor decir ninguno; porque sabemos por las Memorias del mismo Mr. de Lacepede, que aunque por entonces hizo dos viages á Alemania, jamás vió á su regimiento. Mas al fin, tal cual era, este servicio le daba un título, un uniforme y las divisas de su graduacion; la familia quedó con esto satisfecha, y el jóven coronel quedó desde entonces en libertad de entregarse á sus estudios favoritos. Lo que esto tuvo de mas chistoso fué, que, persuasivo de otro modo que Descartes, decidió á su propio padre á que abandonase la toga, á que aceptase el título de consejero de capa y espada del landgrave de Hesse-Homburgo, y á presentarse en el mundo en traje de caballero. Este buen anciano se proponia venir á establecerse en Paris con su hijo, cuando en 1783 le arrebató la muerte despues de una dolorosa enfermedad.

En el doble plan de vida que Mr. de Lacepede se habia propuesto, habia una mitad, la de la ciencia, en que el éxito tan solo dependia de él mismo; pero habia otro en que no podia esperarlo mas que del concurso de una multitud de voluntades, que como se sabe, no es fácil poner de acuerdo.

A invitacion de Gluck, y en parte con los consejos de aquel gran maestro, habia compuesto la música de una ópera (1). Despues de dos ó tres años de trabajo y pretensiones, habia conseguido un primer ensayo; dos años despues se hizo el ensayo general; los actores, la orquesta y las personas que la oyeron, le pro-

(1) La ópera de *Omphalia*. Habia trabajado sobre la de *Aleyone*. Da una idea de estas composiciones en su *Poética sobre la música*.

nosticaban un éxito feliz, cuando el repentino mal humor de una actriz hizo que se suspendiese todo. Mr. de Lacepede sufrió aquella contrariedad conforme á su carácter, con resignacion y politica; pero juró en su interior que no le sucederia otra, y se decidió á no componer música en adelante mas que para sus amigos.

Sensible seria esta resolucion, si de los proyectos que forma un artista se pudiera deducir alguna cosa en punto al mérito de sus obras. La *Poética de la música*, que Mr. de Lacepede publicó en 1786 (1) anuncia un hombre penetrado del sentimiento de su arte, y acaso un hombre que concede demasiado á su poder; ella se funda esencialmente sobre el principio de la imitacion: la musica, segun el autor, no es otra cosa que el lenguaje comun del que se han quitado todas las articulaciones, y conservado todos los tonos, elevándolos ó bajándolos hasta el término que permiten las voces que deben producirlos y el oido que debe percibirlos, dándoles por este medio una espresion mas fuerte, y al mismo tiempo mas durable, mas estensa y mas variada. Ella espresa con mas viveza nuestras pasiones y el desórden de nuestras agitaciones interiores, saltando mayores intervalos de la escala musical y atravesándolos con mas rapidez; ella recoge los gritos que arranca la pasion, el dolor, la alegría, todos los tonos en fin, que la naturaleza ha destinado para acompañar, y por consiguiente para caracterizar los efectos que quiere espresar la música. De la indentidad del lenguaje, de la peculiar ó los sentimientos que pretende espresar, resultan para el músico las mismas obligaciones que para el poeta. Toda pieza de música, esté ó no acompañada de una letra, es un poema; las mismas precauciones en la es-

(1) Dos volúmenes en 8.º

posicion, las mismas reglas en cuanto á su desarrollo, la misma sucesion en las pasiones; todos los movimientos deben ser semejantes; no hay carácter ni situacion que el músico no deba y pueda trasladar por los signos que le son propios. El autor creia aun posible trasladar al entendimiento las cosas inanimadas, por la imitacion de los sonidos que ordinariamente las acompañan, ó por medio de combinaciones de sonidos propios para despertar ideas análogas.

Esta obra escrita con fuego, y llena de aquella elocuencia natural en un jóven apasionado por el asunto que trata, tuvo favorable acogida, sobre todo, por uno de los dos partidos que dividian entonces á los aficionados á la música, el de los gluckistas, que descubrieron en él los principios de su gefe espresados con mas precision y elegancia que ni él mismo hubiera podido alcanzar. El gran rey de Prusia Federico II, músico tambien y poeta como es sabido, y cuyos cumplimientos no eran de pura fórmula, le escribió una carta muy lisonjera; y lo que acaso le fué mas satisfactorio, el célebre Sacchini le manifestó su complacencia del modo mas espresivo.

Mr. de Lacepede, debemos decirlo, fué menos afortunado en sus obras de física, el *Ensayo sobre la electricidad* (1), y la *Física general y particular* (2). Buffon que al ocuparse de los sentidos, del instinto, de la generacion de los animales y del origen de los astros, esplicó unos fenómenos que aun en el dia se esconden á nuestra inteligencia, limitándose á pintarlos, pudo merecer el título que con tanta razon adquirió de ser uno de nuestros mas elocuentes escritores; lo mereció así mismo cuando se propuso presentar las grandes escenas de la naturaleza ó las multi-

(1) Dos vol. en 12. Paris 1783.

(2) Dos vol. en 42. Paris 1784.

plicadas relaciones de sus productos, ó las variedades infinitas del espectáculo que nos presenta, pero tan luego como quiere remontarse á las causas y descubrir las por las meras combinaciones del entendimiento ó mas bien por los esfuerzos de la fantasia, sin demostracion y sin analisis, se deja conocer el vicio de su método aun por los mas prevenidos en su favor: nadie desconoce que solo haciéndose ilusion y empleando un lenguaje figurado ha podido atribuir á unas moléculas orgánicas la formacion de los cristales; hallar algo inteligible en el molde interior, causa eficiente, segun él, de la reproduccion de los seres organizados; pretender esplicar los movimientos voluntarios de los animales y todo lo que en ellos se parece á nuestra inteligencia, por una simple reaccion mecánica de la sensibilidad, en una palabra, al escribir una obra no menos admirable en el fondo que en la forma, sembrar una multitud de esas hipótesis vagas, de esos sistemas fantásticos que solo sirven para deslucirla. Con mayor razon, no podia ser recibido con aceptación un lenguaje semejante, en materias tales como la física, en que ya habia mucho tiempo que el cálculo y la esperiencia eran las únicas piedras de toque de la verdad. Cuando un juicio sólido se ha ilustrado con estas claras luces no puede preferir un periodo armonioso á una observacion positiva, ó una metáfora á una demostracion numérica. Por lo tanto, á pesar del talento con que Mr. de Lacepede ha sostenido sus hipótesis, los físicos se negaron á admitirlas, y no pudo hacer prevalecer ni su opinion de que la electricidad es una combinacion del fuego con la humedad de lo interior de la tierra, ni la de que la rotacion de los cuerpos celestes no es mas que una modificacion de la atraccion, ni otros sistemas sin apoyo y sin ulterior confirmacion. Pero si la verdad nos obliga á recordar estos errores de la juventud, tambien nos obliga á de-

clarar que no persistió en ellos. No acabó su *física*, y despues recogió sucesivamente cuántos ejemplares pudo de estas dos obras, que por lo tanto son muy raras.

Felizmente para su gloria, Buffon, que no podia tener sobre este método las mismas ideas que su siglo, y que acaso con la debilidad tan natural en los ancianos, hallaba en las aberraciones mismas que acabamos de indicar un nuevo motivo para aficionarse á su jóven discipulo, le sirvió abriéndole un camino en que pudiese emplear su talento sin contravenir á las leyes imperiosas de la ciencia.

Le propuso que continuase la parte de su *Historia natural* que trata de los animales; y para que pudiese entregarse con mas constancia á los estudios que exigia semejante trabajo, le ofreció el empleo de guarda y segundo demostrador del Gabinete del rey, del que Daubenton el jóven acababa de hacer dimision (1). Era harto ventajosa la proposicion que se le hacia para que no la aceptase Lincepede con la mayor gratitud, y con todos sus cargos, porque este empleo los tenia y de mucha consideracion. De mucha sujecion y un poco subalterno, correspondia mal á su fortuna y á la clase en que se habia colocado en el mundo, y sin embargo, fué bastante haberlo aceptado para que desempeñase sus obligaciones con tanta puntualidad como hubiera podido hacerlo el mas indigente. Todo el tiempo que se mantuvo bajo el mismo pie, cuando las galerias estaban abiertas para el público, complaciase en responder con su acostumbrada cortesía á todos los curiosos que le preguntaban, y teniendo las mismas consideraciones á las personas mas pobres del pueblo, que á las de mayor categoria ó á los sábios mas distinguidos. Esto

(1) En 1785.

era lo que muy pocos hombres en su posicion habian querido hacer; pero él lo hacia por complacer á un maestro querido, por hacerse digno de sucederle, y esta idea lo ennoblecia todo á sus ojos.

Desde el año de 1788, algunos meses antes de la muerte de Buffon, publicó el primer tomo de su *Historia de los reptiles*, que comprende los cuadrúpedos ovíparos; y el año siguiente dió el segundo, que trata de las serpientes (1).

Esta produccion, por la elegancia del estilo, por el interés de los hechos que se han recopilado en ella, se creyó digna de la obra inmortal á que servia de continuacion, y aun con respecto á la ciencia se le hallaron ventajas incontestables. Indica los progresos que habian hecho las ideas desde cuarenta años antes de haber salido á luz la *Historia natural*, progresos que habian sido preparados por los trabajos mismos del hombre que mas se habia esforzado á combatirlos; pero considerándole bajo otro punto de vista, puede también dar indicio de los progresos que ha hecho la ciencia durante los cuarenta años que han sucedido á la publicacion de la mencionada obra.

Nada se descubre en ella de aquella antipatia por los métodos y por una nomenclatura exacta, cuyas espresiones ha repetido tan frecuentemente Buffon. Mr. de Lincepede establece clases, órdenes, géneros; caracteriza con distincion estas subdivisiones; enumera y nombra con cuidado las especies que deben colocarse en cada una de ellas; pero si es tan metódico como Linneo, no asi bajo el punto de vista filosófico. Sus órdenes, sus géneros, sus divisiones de géneros, están asimismo fundados en caracteres bien

(1) *Historia natural, general y particular de los cuadrúpedos ovíparos*: I. vol. en 4.<sup>o</sup> 1787.— De las serpientes: I. vol. 4.<sup>o</sup> 1789.

aparentes, pero frecuentemente poco conformes con las relaciones naturales, pues no tiene en cuenta la organizacion interior. Las ranas por ejemplo, permanecen alli en el mismo orden que los lagartos y las tortugas, porque tienen cuatro pies; los reptiles bipedos están separados de ellos, porque solamente tienen dos; ni aun se distingue á las salamandras de los demas lagartos, por lo que respecta al género. En cuanto al número de especies, esta obra hace mas sensible el crecido número de las que actualmente poseemos antes que las perfecciones de nuestros métodos. Mr. de Lacepede, aunque acaso el mas favorecido naturalista de su tiempo, pues tenia á su disposicion el gabinete que generalmente se reputaba como mas considerable, no contó mas que doscientas ochenta y ocho, de las que, cuando menos, una tercera parte no estaban aun en el Museo y habian sido tomadas de otros autores; y el gabinete, sin tener ni con mucho todavía todo lo que se conoce, posee actualmente mas de novecientas. Observamos sin embargo, que Mr. de Lacepede, á ejemplo de Buffon y de Linnæo, se inclinaba demasiado á reunir muchas especies, como si no formasen mas que una sola; y que por lo tanto no admite mas que un cocodrilo y un monitor, en lugar de diez ó quince de estos reptiles que existen realmente; de lo cual resulta que ha colocado al mismo animal en ambos continentes, cuando frecuentemente no se le halla mas que en una reducida comarca de uno de ellos; pero estos errores eran inevitables en una época en que no se tenían, como en el dia, individuos auténticos traídos de cada region por viajeros conocidos é instruidos.

Buffon acababa de morir. Este segundo tomo concluye con un elogio de este grande hombre, ó mas bien por un himno á su memoria, por un ditirambo elocuente que el autor supone cantado en la reu-

nion de los naturalistas, en honor del que ha inspeccionado por encima del globo y de sus edades, que ha visto á la tierra salir de las aguas, y los abismos del mar poblados de seres, cuyos restos formarían un dia nuevas tierras, del que ha grabado sobre un monumento mas duradero que el bronce los rasgos augustos del rey de la creacion, y que ha asignado á los distintos animales su forma, su fisonomía, su carácter, su pais y su nombre. Tales son las pomposas y magnificas espresiones con que se exhalan los sentimientos que hinchen el corazon de Mr. de Lacepede: los lleva hasta el mas vivo entusiasmo; pero es un Buffon el que le inspira, y él lo inspira á su amigo, á su jóven discípulo, al que ha querido hacer heredero de su nombre y de su gloria. Sin duda es grande la dicha de los hombres, que despues de ellos, pueden dejar semejantes impresiones; pero lo es también, y acaso mas grande, experimentarlas hasta este punto.

En esta época se preparaba un cambio en la existencia, hasta entonces tranquila, de nuestro naturalista. Acontecimientos tan grandes como imprevistos acababan de trastornarlo todo en Francia. El poder no era mas que el producto diario del favor popular, y diariamente fracasaba en las tentativas de poseerle alguna grande reputacion, ó surgia del seno de la oscuridad algun personaje hasta entonces desconocido. Todos los hombres de alguna fama fueron sucesivamente invitados ó arrastrados á tomar parte en aquellos grandes y peligrosos azares, y Mr. de Lacepede, á quien su existencia, su reputacion literaria, y una popularidad adquirida no menos en su carácter afable, que en sus actos benéficos, designaban como á propósito para recibir un sufragio universal, tuvo menos proporecion que otro para separarse de aquel torbellino. Se le vió sucesivamente presidente de su seccion, comandante de la guardia nacional, di-

putado extraordinario por la ciudad de Agen en la Asamblea constituyente, miembro del consejo general del departamento de París, presidente de los electores, diputado en la primera legislatura (1); y presidente de esta asamblea (2). Colocado mas de una vez en la mas critica posicion, siempre manifestó aquellos sentimientos de benevolencia que formaban el fondo de su carácter, y aquellos modales agradables que embellecian su espresion; pero en una época semejante no eran aquellas cualidades las que le podian dar preponderancia, pues no causaban impresion ni á los furiosos que al salir de la Asamblea dirigian provocaciones á los que no votaban á su gusto, ni á los cobardes que los insultaban en los periódicos, ó mas bien aquellos ataques, aquellas injurias, no eran mas que un movimiento impreso y maquinal que arrastraba á todo el mundo; no conservaban significacion ni para los defensores ni para las victimas de aquellas injurias. Un dia Mr. de Lacepede vió su nombre en un periódico á la cabeza de un artículo intitulado: *Lista de los malvados que votan contra el pueblo*, y el periodista era un hombre que iba frecuentemente á comer con él: se presentó despues de haber publicado la lista, como acostumbraba antes. «Vd. me ha tratado con mucha dureza, le dijo con afabilidad su huésped.—¿Cómo así caballero?—Vd. se permitió llamarme malvado!—Oh! eso no es nada; *malvado* no es mas que una espresion para decir que una persona no piensa como nosotros.»

Sin embargo, este language produjo al fin su efecto sobre una multitud que aun no habia sabido crear un diccionario de espresiones ambiguas, y los que de ellas no hacian uso se vieron obligados á ceder el pues-

(1) En setiembre de 1791.

(2) El 30 de noviembre del mismo año.

to. Mr. de Lacepede fué de los últimos que se persuadieron de esta necesidad. La buena opinion que tenia de los hombres, estaba demasiado arraigada en él para que no se persuadiese de que pronto la verdad y la justicia triunfarian; pero mientras se realizaba su victoria, sus amigos, que no la creian tan próxima, se lo llevaron casi por fuerza al campo. El queria, á pesar de esto, volver de cuando en cuando al gabinete adonde le llamaban sus estudios, y obrando conforme á su buena fé, le pareció que nada era mas sencillo que pedir para ello su permiso á Robespierre. Felizmente el monstruo tuvo aquel dia un momento de humanidad. *Está en el campo, decidle que permanezca en él.* Tal fué su contestacion, dada con un tono que no convidaba á renovar pretensiones de este género. Es indudable que una hora de mansion en la capital habria bastado para decretar la sentencia de muerte de Mr. de Lacepede; algunos hombres, que con frecuencia habian recibido beneficios á su puerta, y que no podian juzgar de sus sentimientos mas que por lo que habian oido decir á sus criados, se habian convertido en árbitros de la suerte del pais: bastante habian sabido para conocer su moderacion, y á sus ojos eran un delito; siéndolo aun mayor su beneficencia, porque la memoria de ella heria su orgullo. Mas de una vez habian procurado saber en qué sitio se hallaba retirado, y en fin, para quitar todo pretexto á la persecucion, se creyó obligado á hacer dimision de su empleo en el Museo, y solo despues del nueve temido pudo regresar á Paris.

Regresó con un título singular para un hombre de cuarenta años, conocido ya por tantas obras, el de discipulo de la Escuela Normal.

Abjurando en fin, la Convencion sus furores, creyó que podria crear con la misma facilidad con que habia destruido, y para restablecer la instruccion pú-